

leyera un día *La Correspondencia*, probablemente modificaría su opinión en lo relativo á los periódicos. No diría que «dos periódicos no lo dicen todo acerca de las personas,» ni que «dos periódicos no lo dicen todo acerca de las cosas». Lo que es posible que dijera, es que los periódicos (tomando por tipo á *La Correspondencia de España*, eco imparcial de la opinión y de la prensa) no dicen una palabra que no sea un desatino. O dos; porque hasta dos desatinos sabe decir *La Correspondencia* en una palabra sola.

Y también es posible que dijera, si por añadidura se enteraba de que *La Correspondencia* es en España el periódico más leído; también es posible que dijera, de seguro lo decía, que si no hubiera otras pruebas de haber sido la Biblia divinamente inspirada, el hecho solo de no haber periódico más leído que *La Correspondencia*, acreditaría como dictadas por el Espíritu Santo aquellas palabras del sagrado libro del *Ecclesiastes: Stultorum infinitus est numerus.*

LOS FUSIONISTAS Y LOS PAVOS.

(ARTÍCULO DE FAMILIA).

(1886)

—No hay peor cuña que la de la misma madera—exclamaba haciendo la rueda y dejando colgar el moco un pavipollo de los más atrevidos.

—¡Gor, gor, gor, gor! (*¡Eso es, eso es!*), contestaban en señal de aprobación todos sus compañeros del sexo fuerte.

—¡Pau, pau!—añadían modestamente las pavas.

La escena se verificaba la otra tarde en la pradera del Canal, en el sitio donde han sido confinados los pavos por virtud, ó por vicio, de un reciente bando fusionista.

Y excusado es decir, que los confinados continúan en la actitud más revoltosa, y expresándose en el tono más amenazador del mundo.

Es cuestión peliaguda, ó más bien *plumiguda*; que alguna vez se habían de volver hasta las plumas en daño de los que hacen á pluma y á pelo.

La vida de los pavos tenía hasta ahora, en cambio de lo breve, sus atractivos y sus compensaciones.

Nacían, ó hablando con más precisión, salían de la cáscara del huevo allá en Gradefes ó en Armunia, y se comían en los primeros días una papilla de ortigas cocidas y leche, aderezada por una de aquellas riberiegas amables.

Después entraban á comer salvados y grana de carbana; y ya contra el otoño, se daban cada atracón de grillos!...

Por último venía el pavero, los ajustaba, los pagaba y echaba á andar con ellos por delante.

¡A Madrid!

Lo cual ya por sí solo es una fortuna.

¡Cuántos fusionistas se mueren sin poder venir á Madrid!

Casi tantos como vienen y se tienen que volver á marchar lo mismo que vinieron, sin el destino, que no se les puede dar á causa de la ley de los sargentos que dejaron hecha los conservadores.

El camino de Madrid era ya de suyo muy divertido para los pavos: andando aquí, volando allá, picando en todas partes, había veces que hasta ejercían de cazadores.

Llegaban, por ejemplo, á una viña, donde estaba dormida una liebre... ¡Pobre liebre! Desgraciada como empleado fusionista á la

subida de un gobierno conservador.... Ya la había caído la lotería.....

En cuanto la veía un pavo y hacía un aspaviento de los suyos, acudían todos los demás, la rodeaban, empezaban á hacer el *gor, gor, gor*, todos á un tiempo, y así la tenían asustada, hasta que llegaba el pavero por detrás y la echaba la mano.

Es verdad que la liebre, luego, no la comían los pavos, pero la cenaba el pavero, y ¿quién les quitaba á ellos la gloria de haberla cazado?

Es lo que pasa en todas las cosas. Los fusionistas, por ejemplo, coligados con los republicanos, echaron abajo la situación conservadora, derrotándola en las elecciones, y los conservadores se comen el fusionista, digo, el pavo de Navidad tranquilamente.

Pero, volviendo á la vida de los pavos, entre unas y otras, en mes y medio, á jornadas dobles, llegaban á Madrid.....

Yo les he visto entrar en la corte, majestuosamente y reposadamente por la calle de Segovia, mirar al viaducto sin mala intención, pararse un poco en la plazuela de Puerta Cerrada, y contemplar luego entusiasmados la plaza Mayor, en toda su prosáica grandeza. Y aún los había tan afortunados, que pasaban por la Puerta del Sol y por la Carrera de San Jerónimo, como cualquiera de los fusionistas que van á votar á Cánovas para la presidencia del Congreso.

Después de estas expansiones y estos regalos de la vista, que verdaderamente no son moco de pavo, ya la muerte, aunque prematura, era menos sensible.

¡Pero ahora!... ¡Morir sin ver á Madrid más que por fuera!....

Porque han de saber ustedes que el alcalde de esta situación liberal, hasta cierto punto, es decir, liberal con permiso de Cánovas, ha publicado un bando prohibiendo la libre circulación de los pavos, vestidos al natural, por dentro de la corte, con lo demás que dice la letra.

Y he aquí el origen de la presente trifulca entre los pavos, poco menos encarnizada que la de entre los conservadores.

Y la verdad es, que no les falta razón á los ilustres gallináceos, porque lo que ellos dicen... Oigámosles:

—No hay peor cuña que la de la misma madera... Cuando cree uno estar entre los suyos, le hacen á uno las mayores injurias...

—*Gor, gor, gor, gor*, el coro masculino. *Pau, pau*, el femenino.

—Sí, entre los nuestros—continuaba el orador, porque todos somos de la familia. Los pavos, en buena hora lo diga, siempre hemos sido monárquicos parlamentarios.... Como que según oí á mi madre, nuestros abuelos se vinieron de América adivinando que por allí había de proclamarse la República.

—*¡Gor, gor, gor, gor!... Pau, pau.....*

—A más de que—añadió otro pavillo apidalado, es decir, moquilargo y de poco pesquis—á más de que el bando es muy injusto, ¿En qué se funda nuestro destierro? ¿En qué se dice si tenemos ó no tenemos viruelas? ¿Y qué? ¿No son ellos el sarampión, que es casi lo mismo? ¿No les ha llamado á ellos sarampión una dama de alto coturno? ¿Pues por qué no ha de ser la ley igual para todos?...

—*¡Gor! ¡gor!... ¡Pau! ¡pau!....*

—Máxime cuando, repito, que todos somos unos—añadió el orador primero—con corta diferencia. ¿Y qué dice el bando en resumen?.....

—No—replicó otro—el bando, según mis noticias, no se ha publicado en *El Resumen*; *El Resumen*, que ya es otra vez órgano del general, se hubiera guardado muy bien de perjudicar á la clase: se ha publicado en las esquinas.

—*Gor, gor, gor, gor*, etc.

—El diputado, digo, el pavo que me interrumpió, no me ha entendido: yo no he dicho que el bando se haya publicado en *El Resumen*: he dicho que qué dice el bando en resumen, y continuó... El bando tiene tres disposiciones... Dos y media más que el ministro de Gracia y Justicia... ¿Estamos? (*Gor, gor*), tres disposiciones. La primera, dice:

«Queda prohibida en absoluto la libre cir-

culación y venta de pavos dentro de la población y sus zonas de ensanche.»

Esto, compañeros, está mal escrito. En primer lugar, está casi en verso: «Queda prohibida en absoluto la libre circulación, y venta de pavos, dentro, dentro de la población.»

A más de que, como la circulación y la venta van juntas detrás del mismo verbo, y como el sujeto de la circulación somos nosotros, pues por nuestro propio pie circulamos, parece como que también somos los sujetos de la venta; es decir, que nos vendemos nosotros mismos, y á esta vileza todavía no hemos llegado... Eso no lo ha hecho ningún pavo en su pluma propia... Eso lo harán los otros... Los que pueden circular libremente.....

—¡Gor, gor, gor, gor, gor! ¡Pau, pau, pau! Muestras de aprobación unánimes.

—La segunda disposición, dice: «Las manadas de dichas aves, que se encuentren dentro de la capital, así como las que se introduzcan por los fielatos.....»

¿Quién dice que nosotros nos introducimos por los fielatos? Calumnia, que algo queda, como dijo Botija.....

—Pido el gorgorito, digo, la palabra—clamó otro pavo, haciendo el *gor, gor, gor*, con mucha fuerza; y cuando obtuvo el silencio del

auditorio, continuó diciendo:—No discutamos la literatura del bando, porque, al fin, ya es bien sabido que los pavos tenemos buen gusto. (¡Ojalá no le tuviéramos tan bueno!) Lo que importa es tomar resoluciones salvadoras... ¿Hemos de resignarnos á no entrar en Madrid? ¿Hemos de obedecer servilmente el bando de los fusionistas?.....

Propongo á ustedes burlar el bando, vistiéndonos como ellos. Tomemos para las hembras unos abrigos de esos de la última moda que llaman *Regente*, y para los machos unos trajes baratos del Águila.

—¡Qué horror! El águila es nuestra enemiga.....

—Yo digo el Águila de la calle de Preciados.

—Se nos descoserían pronto y á lo mejor se nos vería la cola.

—También á algunos fusionistas se les ve la oreja.

—Propongo acudir á la Sociedad Protectora de Animales.

—Los miembros de esa Sociedad no cuidan de defender á los pavos.

—¿Pues de qué cuidan?

—De comernos.

MODUS VIVENDI.

(MONÓLOGO INFERNAL).

(1885)

¡Cuántas vueltas da el mundo!

Una cada día, por lo pronto, según dice el cofrade Galileo, que vive, si esto es vivir, en la zahurda colindante.

Pero no es esto; no son estas vueltas sobre las que yo me proponía filosofar de puro aburrido, sino las vueltas que dan las cosas del mundo.

Y aún las personas, si se quiere.

Ahí tenemos á Elduayen... Digo, tener no le tenemos todavía, aunque no será difícil que venga con el tiempo; pero en fin, quiero decir que allá por la superficie está Elduayen, que primero fué Pepe, después papá, más tarde Pazo ó marqués del Pazo (todo con P), y sin dejar de ser Gorriti, ha llegado á rey de Pontevedra.

Ahí tenemos... ¡Dale con las equivocaciones! Iba á decir que ahí tenemos á Pidal, y todavía no le tenemos tampoco... Por allá arriba anda Pidal, que era ultramontano fu-

rioso, defensor de la unidad religiosa, é intransigente hasta el extremo de haber afirmado que no transigiría aún cuando se lo mandara el Sumo Pontífice; y luego, sin mandárselo nadie, ni siquiera Romero Robledo, ha transigido con la tolerancia religiosa, establecida en la Constitución, con el reino de Italia, del que antes dijo perrerías, y con todo lo que había que transigir (menos con el conde de Toreno), por llegar á una cosa que él llama la *hipótesis*, y que consiste en disfrutar *per accidens* diez mil reales mensuales y el coche...

Ahí está Villaverde... No, tampoco ha venido aún, y dejémosle por ahora que se cure las contusiones recibidas de las cigarreras en la última batalla...

Me he distraído un poco, y no sé por dónde iba... ¡Ah, ya!

Estaba *desaminando*
Cómo *cambean* los tiempos.

Tempora mutantur, que decía el amigo Juvenal en nuestra lengua latina.

Porque el penúltimo conservador que ha llegado de España, es decir, el que llegó anteayer, pues conservadores vienen aquí lo menos uno cada día, me ha dicho que en una población grande y casi nueva, que la llaman no sé si la Villa del Oso ó de Bosch, acababan de votar los *Patres Conscripti* de mi tierra,

después de quince días de acalorada discusión, un *modus vivendi*.

Modus vivendi... Antiguamente y allá entre nosotros, no quería decir más que modo de vivir.

Después, los castellanos de los últimos siglos, según me ha dicho un ministro de Carlos III, dieron á la frase latina cierto sentido apicarado, así como el de industria de mala ley ó modo de vivir á costa del prójimo.

Y por último, ¡quién se lo había de figurar en estos infernales barrios! el susodicho conservador que bajó anteayer me asegura, que ahora un *modus vivendi* es un tratado de comercio.

¿Me habrá engañado?... Sí, probablemente.

A menos que no le llamen así por lo que pueda rozarse con la política; pues recuerdo haber oído varias veces á esos conservadores oscuros que llegan cada día ponderando lo bien que les iba por allá, que entre ellos la política era un *modus vivendi*.

Me han contado cosas horribles. ¡Ah! Me han dicho que allí ya no hay principios; no hay más que presupuestos.

He preguntado qué cosa son los presupuestos, y me han dicho que son una invención moderna, no sé si conservadora ó diabólica, y un compatriota algo poeta, me los ha figurado en forma de una caldera grande donde un cocinero de gorro blanco, que le suelen llamar

de apodo ministro de Hacienda, va echando la sustancia del país, extraída por un procedimiento análogo al que se emplea para obtener la carne Liebig, que se conoce con el nombre de sistema tributario (aunque de todo suele tener menos de sistema...) y de allí va dando de comer á los que se le arriman.

También he preguntado por qué los llaman conservadores á esos que, por decirlo así, gobiernan ahora, pues era cosa que me daba no poco en qué entender, que les llamaran conservadores, cuando de esa manera derriten al país... y me han contestado que es por lo bien que conservan las carteras ministeriales y todos los demás destinos.

En este particular, sobre todo en la conservación de las carteras y de los sueldos, convienen mis vecinos y compañeros de infortunio en que los conservadores ó *conservaduros*, pues también parece que los llaman así, han elevado el sistema á un grado de perfección increíble.

Hasta encontrar el verdadero *modus vivendi*, el modo de vivir perpetuamente en el poder, y de gozar perpetuamente del presupuesto.

Antes, por un quítame allá esas pajas, dicen que había una crisis. El camino de la política parece que estaba erizado de obstáculos. Un día la conciencia, otro día la dignidad, otro día la delicadeza, otro día la consecuen-

cia... lo cierto es que aquellos pobres ministros de otros tiempos, según me ha contado Martínez de la Rosa, no tenían hora segura; tan pronto estaban de ministros como de simples particulares; ninguno duraba veinticuatro meses; la generalidad fluctuaba entre veinticuatro semanas y veinticuatro días, y los hubo que no pasaron de veinticuatro horas.

No sabían tras de lo que andaban.

Hoy, según me cuentan, aquellos ministros tienen algunos, pero pocos, muy pocos discípulos, y no entre los conservadores ciertamente.

Lo que es entre estos últimos, las crisis vienen á ser un artículo puramente histórico. Ni los motines, ni las disidencias, ni las contradicciones, provocan ya una crisis, ni media.

Antes, por ejemplo, cada motín, por insignificante que fuera, daba en tierra con todo el gobierno.

Ahora ni media docena de motines seguidos son capaces de producir una crisis parcial.

Tanto le importa al gobierno conservador que se subleven los estudiantes, como que se insurreccionen de hambre los obreros.

Lo mismo se defiende de los puritanos que de las cigarreras.

Nada, no le derriba ni un terremoto.

Ni muchos.

Me han dicho que un día fueron los actuales ministros á Palacio á celebrar Consejo inmediatamente después de haber resuelto en

determinado sentido una cuestión, esa misma del *modus vivendi*, y el jefe del Estado les dijo que no le gustaba la resolución.

Otros ministros de los de antes, hubieran presentado en el acto respetuosamente sus dimisiones.

¡Qué tontería! Estos de ahora parece que dijeron: «¡Ah! ¿No le gusta así á V. M.? Pues lo haremos de otro modo, ó si no de otro...» Y así sucesivamente.

Pues otro día parece que un paisano mío le dijo á un ministro que llaman Pidal:—Pero hombre, si V. antes decía que los conservadores éramos muy malos, y áun ahora de cuando en cuando dice V. que no somos buenos... usted no puede estar aquí sin renegar de...

—Sí señor—dicen que contestó el aludido —renegaré de todo lo que sea necesario para estar con ustedes, sin perjuicio de renegar también de ustedes cuando el cuerpo me lo pida: mas hoy por hoy me pide que no me marche, y no me marchó.

Pues otro día me han dicho que fué Elduayen el que se empeñó en que el *modus vivendi* saliera en cierta forma, y en efecto, salió en la contraria.

Cualquier ministro de los de antes hubiera comentado aquella salida saliéndose él del ministerio.

Pero este conservador... ¡quiá! dicen que ni pensarlo...

Antes que dejarse arrancar de la poltrona, se dejan éstos arrancar una muela ó aun que sea una mandíbula...

¡Calla! se oyen gritos desaforados... ¿Qué diablo será?... Villaverde... Cos-Gayón... las cigarrerías... los catalanes...

¡Ah, no! según me dice un Obispo galicano que pára enfrente, es el pobre Francisco I de Francia, que está dado á dos mil demonios porque dice que le han arrebatado su *gloria*, suplantándole en España su frase célebre.

Parece, en efecto, que ya no se dice entre los hijos de los vencedores de Pavía: *Todo se ha perdido menos el honor*.

Los ministros de ahora han hecho popular entre los españoles esta otra frase: *Todo se ha perdido menos la cartera*.

MARCIAL.

¡PARA QUE VEAS!

(1889)

—¿Qué te mandó tu abuela?—le preguntaban á uno á quien se le había muerto hacía poco la madre del autor de sus días,—¿qué te mandó tu abuela?

—Los anteojos.

—¡Anda, anda, hijo!... ¡Eso es para que veas!

Para eso mismo, querido Juan, para que vieras, te mandé yo á tí los anteojos, no por testamento, que no le tengo hecho todavía, sino por el correo de Mansi.

¡Vana ilusión! Cuando yo creía que estabas ya viendo por los anteojos una porción de cosas, y especialmente, que no te olvido, resultó que no habías visto nada de lo que yo creía que ibas á ver, sino otra cosa muy distinta.

Porque, á lo que es cuenta, alguno de los súbditos de Mansi se enamoró de los anteojos y se quedó con ellos.

¡Para que veas!

Tú dirás que no, que ha sido precisamente

para lo contrario, para que no veas; pero te equivocas.

Es para que veas cómo administran ó cómo gobiernan estos liberales.

Para que veas que lo hacen mal, muy mal. de la peor manera del mundo.

Y si no, ahí está el servicio de Correos que no me dejará mentir... ¿Qué me ha de dejar... si por no dejar ni siquiera deja llegar las cartas á su destino?

Ni las cartas, ni los anteojos, ni nada que valga.

Puse yo los míos, ó más bien los tuyos, ó mejor todavía los de Mansi, con todas las reglas y todas las precauciones que aconseja la teoría... y digo la teoría y no la práctica, porque lo que ésta última aconseja es no poner en el correo de Mansi ninguna cosa...

Puse yo los anteojos, con mucha curiosidad, en una caja con algodón por dentro y por fuera, y sobre el algodón una envoltura de papel y otra encima, y después de bien lacrado y después de puesto el sobre y en él la indicación de *medicamento*, requisito necesario según me había dicho el óptico, deposité el paquete en el buzón con el franqueo suficiente.

Ya ves... digo, me parece que verás, aunque sea sin anteojos, que habiendo puesto tanto esmero en el cumplimiento de tu encargo, era lo más natural del mundo que me quedara satisfecho y tranquilo en la creencia de

que al tercero día tenías ya los anteojos donde tiene hoy el Presidente á todos los hombres políticos que pueden formar un Ministerio intermedio: montados en las narices.

¡Figúrate, pues, amigo Juan, cuál sería mi sorpresa al saber por tu carta que no había tales Mansis!

Es decir, Mansis los había, y aún los hay por desgracia; dos á falta de uno, Angel y Rufino: lo que no había en realidad eran anteojos, ó si los había no estaban en tu poder como debían de estar, sino en poder de uno de los muchos secuestradores que *trabajan* en la Administración pública.

Pero ¡vete á saber en poder de cuál de ellos!

Y te digo que vayas tú á saberlo, porque yo ya fuí y no adelanté nada.

Lo cual no quita que á tí te suceda lo mismo.

Pues, sí; como te iba diciendo, en cuanto recibí tu carta escrita para que viera yo que los anteojos no habían llegado, me fuí á la calle de Carretas y me personé en la Dirección general del ramo... que así le llaman, aunque yo creo que impropriamente; porque, mal andan ahora los correos, pero si fueran de verdad un ramo, andando la gente que anda alrededor, ya no quedaría de él ni una hoja.

Me personé, como digo, en la Dirección y pregunté:

—¿El señor Mansi?...

—Mansí, querrá usted decir—me replicó un vejete vivaracho;—¿no pregunta usted por el señor Director?

—Por el Director pregunto, y Mansi he querido decir, y Mansi he dicho... ¿puedo verle?

—¡Ah! Usted perdone, pero había entendido *Manso*. Como hay muchos que vienen con bromas... Pues en este momento no está, pero... ¿es usted Diputado?

—No, señor, ni gana.

—Pues entonces, ya no puede usted verle esta tarde, porque no recibe más que á los señores Diputados y Senadores de cuatro á cinco. Pero el sábado le podrá usted ver; el sábado á la misma hora...

Volví el sábado, y no encontré ya al vejete del lunes, sino á otro empleado que era un progresista, así en... Mansi, vamos, quiero decir, sin pulimentar, el cual me preguntó con poca gracia:

—¿Qué deseaba usted?

—No sólo deseaba, sino que deseo todavía ver al señor Mansi.

—Pues hoy no puede ser... ¿Trae usted recomendación?...

—Sí, señor.

—¿A ver?

—¿Tiene usted por ahí la Constitución?

—No, señor, ni la he leído nunca.

—Yo tampoco, pero me figuro que me recomendará para que me reciba el señor Mansi, porque no dejará de decir, si no explícita, cuando menos implícitamente, que los empleados están puestos para servir al público.

—Eso es verdad—dijo el pobre progresista mordiéndose una uña;—pero, mire usted, esta tarde no viene...

—¿Y entonces de qué me serviría haber traído recomendación?

—Porque con recomendación le recibiría á usted acaso mañana... Pero le advierto á usted que si es para alguna reclamación, y no se quiere usted molestar, lo mismo es que usted me la haga á mí.

—Bueno, pues á usted se la haré...

Y le conté lo de los anteojos.

—¡Ay, ay, ay!—me dijo cuando concluía.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que esos ya no parecen.

—¿Y el Director no puede hacer que parezcan?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque esos cuente usted que los cogió algún empleado porque le vendrían bien, ó para venderlos, y vaya usted á saber quién habrá sido.

—Pues á eso vengo...

—Y crea usted que el que los cogió no lo

hizo para volvérselos á usted, aunque el Director los reclame.

—Pero creo yo que el Director debía de abonarme el importe.

—Quiá, no señor. Si fuera á abonar el importe de todo lo que se pierde en Correos, no le bastaba el sueldo. Eso si usted los hubiera certificado...

—¡Ah! De suerte, que de lo no certificado pueden los empleados impunemente coger lo que quieran.

—Y á mí, ¿qué me dice usted?

—¿Pues no decía usted que á usted podía hacerle la reclamación?

—Eso sí, pero...

Otras dos veces fui á ver á Mansi, con igual resultado, con el de no verle; pero la última le dije al vice-Mansi que me recibió:

—Dígale usted que él no me abonará los anteojos, pero le han de salir más caros, porque lo he de contar todo en un artículo, para que vea la gente lo que pasa.

Así lo prometí, amigo Juan, y así lo cumplo.

¡Para que veas!

REFLEXIONES SOBRE UN TELEGRAMA.

(AL MISMI MANSI.)

No voy á hablarte, amigo Manso, digo, Mansi... amigui, de la flamante *Carta Postal y Telegráfica de España*, hecha bajo tu dirección oficial, y plagada naturalmente de disparates y de omisiones.

Como que faltan en ella muchísimos pueblos con carterías y estafetas pagadas por el Estado y servidas por subordinados tuyos, aunque te esté mal el saberlo.

No; por hoy no voy á decir nada de esa *carta*, que por desgracia no se ha perdido como se pierden tantas otras que no se debían de perder, quizá por lo mismo que es la única que hubiera debido perderse.

Tampoco voy á hablarte de la reforma, llamémosla así, que has introducido en el ramo, llamémosle así también, sin pasar por las Cortes y como si no las tuviéramos, reforma que consiste principalmente en hacer el servicio más caro y más inútil para la li-